XXVI domingo del tiempo ordinario

28 de septiembre de 2025

«Recibiste bienes y Lázaro males:
ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado».

«El rico personifica el uso injusto de las riquezas por parte de quien las utiliza para un lujo desenfrenado y egoísta, pensando solamente en satisfacerse a sí mismo, sin tener en cuenta de ningún modo al mendigo que está a su puerta. El pobre, al contrario, representa a la persona de la que solamente Dios se cuida: a diferencia del rico, tiene un nombre, Lázaro, abreviatura de Eleázaro (Eleazar), que significa precisamente "Dios le ayuda". A quien está olvidado de todos, Dios no lo olvida; quien no vale nada a los ojos de los hombres, es valioso a los del Señor».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 30 de septiembre de 2007.

* Pintura: Leandro BASSANO, *Lázaro y el rico Epulón*, 1570, Museo Nacional del Prado

«El Señor mantiene su fidelidad
perpetuamente,
él hace justicia a los oprimidos,
él da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos».

Salmo responsorial de este domingo.

DIÓCESIS DE ZIPAQUIRÁ

PASTORAL Litúrgica
DIÓCESIS DE ZIPAQUIRÁ

Comentario a la eucología menor

Son muchas las oraciones litúrgicas que comienzan diciéndole al Padre: «*Dios todopoderoso y eterno*» y ésta puede parecer una forma arcaica de dirigirse al Dios que en Jesucristo se ha manifestado «*rico en misericordia*» (Ef 2,4); pareciera a primera vista que los atributos divinos de la omnipotencia y la misericordia fuera dos imágenes incompatibles a la hora de comprender la esencia de Dios. Para superar esta tensión la Iglesia, que se dirige al Padre en este domingo, expresa una armonía que el mismo Dios ha revelado: «*Oh Dios que manifiestas tu omnipotencia principalmente con el perdón y la misericordia*».

Precisamente porque Dios lo puede todo en el amor infinito que lo caracteriza, es por esto por lo que puede y quiere perdonarnos. De hecho, a Dios la misericordia lo hace estremecer y conmover de tal manera que nos ofrece el perdón para que caminemos en sendas de vida nueva (cf. Lc 15,20; Rm 6,4). La misericordia no es sinónimo de la debilidad de Dios, sino precisamente todo lo contrario: se trata de la fortaleza de Dios para sacarnos de nuestra indigencia: «La palabra "misericordia" está compuesta por dos palabras: miseria y corazón. El corazón indica la capacidad de amar; la misericordia es el amor que abraza la miseria de la persona. Es un amor que "siente" nuestra indigencia como si fuera propia, para liberarnos de ella».[1]

Luego de esta manera tan sabia y contundente de recurrir a la misericordia divina, la Iglesia, confiando en la generosidad amorosa del Padre, le pide en la misma oración colecta: «*multiplica tu gracia sobre nosotros*». En la misma línea, continúa la oración sobre las ofrendas, que también se dirige al Padre reconociéndolo como el Dios misericordioso y pidiéndole también que nos regale la abundancia de sus dones, aunque expresada con otras palabras: «*que te sea agradable nuestra ofrenda y que, por ella, se abra para nosotros la fuente de toda bendición*». En el fondo de la petición de la Iglesia se encuentra la convicción de que Dios ha derrochado su gracia en Jesucristo y en Él hemos recibido toda clase de bendiciones espirituales y celestiales (cf. Ef 1, 3. 7).

Siempre las oraciones de la liturgia tienden hacia la contemplación de la plenitud escatológica de la vida eterna y con miras a ella es que hemos pedido la abundancia de los dones divinos. Así nos lo deja ver la oración colecta: «*derrama incesantemente sobre nosotros tu gracia, para que deseando lo que nos prometes, consigamos los bienes del cielo*». Igualmente, en la oración poscomunión recordamos que Cristo, el Pan Vivo bajado del cielo, nos renueva integralmente para que «*participemos de la herencia gloriosa de tu Hijo, cuya muerte hemos anunciado y compartido*».

[1] FRANCISCO, Homilía en la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, 12 de diciembre de 2015.

Comentario a las lecturas bíblicas del leccionario[2]

PRIMERA LECTURA

«*Los que leváis una vida disoluta, iréis al destierro*».
Lectura del Profeta Amos 6, 1a. 4-7.

En la segunda mitad del reinado de Jeroboam II (784-744), largo período que, gracias al silencio momentáneo de los colosos Egipto y Asiría, ha logrado una gran paz y esplendor en el Reino del Norte, Amos, un pastor rústico, directamente llamado por Dios como profeta (1, 1; 7, 14), viene del desierto a Samaría. Sus ojos curtidos chocan con una vida muelle (cf. 3, 13; 5, 11) y, penetrantes por el aire del desierte severo y por la llamada de Dios, rasgan la cortina brillante y descubren la podredumbre que encubre. El texto no necesita explicación: es un retrato perfecto de la vida del adinerado, atiborrada de confort, comodidades y placeres, y segura en ello y por ello mismo. Materialismo despreocupado, encarnación del «comamos y bebamos, que mañana moriremos», negación de la fe, cuyo riesgo diario es entender la vida como un «paso». Aunque aquí no se dice, a un ojo penetrante como el del profeta no se le escapa que esa cómoda indolencia, ya condenable en sí, es a la vez, semillero generoso de toda clase de vicios: olvido y opresión del pobre (8, 4-7), banalidad de la justicia (5, 7-12), hipocresía religiosa (5, 21-27), etc. Para una situación tal no hay remedio: su único final es la ruina y el destierro, aunque ese desastre «no aflija»: profecía que se cumplirá a los 30 años (721). El desarrollo posterior dirá que, aun cuando una vida muelle como esta no acabará en este mundo, la fe sabe que no queda impune (Lc 17, 5-10). Y esta verdad es la que ha de explicar, inflexible, «el hombre de Dios» (1 Tim 2,1-8): la vida materializada, entendida como un puro confort, fue y es siempre insulto a Dios: insulto a la Alianza, al Evangelio, a la fe y a la misma convivencia humana.

De nuevo la primera lectura de Amós es importante para comprender el evangelio. No solamente se echan pestes contra las posesiones y las riquezas, sino contra lo que éstas producen en el hombre con harta frecuencia: sibaritismo, holgazanería, borrachera de bienestar sin tener para nada en cuenta la situación del país (Israel estaba entonces seriamente amenazado, pero «no os doléis de los desastres de José»). Esta «despreocupación» egoísta y esta falsa «auto-seguridad» son condenadas por el profeta: «Se acabó la orgía de los disolutos», «irán al destierro» los primeros.

[2] Cf. SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (ESPAÑA), *Comentarios al Leccionario Dominical. Ciclo C,* 321-324; H. U. VON BALTHASAR, *Luz de la Palabra. Comentarios a las lecturas dominicales*, Madrid: Ediciones Encuentro 1994, 285-286.

«*Alaba, alma mía, al Señor*».
Salmo responsorial 145

Amos ha denunciado el lujo: ¡Ay de los que están hartos! En contraste, el salmo desarrolla la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed; bienaventuranza enteramente apoyada en Dios, que hace justicia a los oprimidos y que parece extrañamente atraído por todo lo débil y necesitado. Profecía y salmo unidos están sonando a evangelio: las bienaventuranzas y el díptico del rico y del pobre que en seguida escucharemos.

SEGUNDA LECTURA
«*Guarda el Mandamiento, hasta la venida del Señor*».
Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 6, 11-16.

Pablo, tras una larga experiencia de Cristo, advierte a Timoteo, «hombre de Dios», que huya del dinero (v. 10) y le indica el equilibrio a seguir para poseer el equilibrio cristiano. Es un caminar de continua lucha, con unos objetivos claros: una fe viva que opera (Rm 3, 21-4, 25), una caridad auténtica (Rm 12, g-10; 13, 8-10) una justicia humana, un espíritu de oración (Rm 12, 12; Col 4, 2), un sentido cristiano del sufrimiento (cf. Mt 10, 38; 2 Tim 2, 3), un trato delicado con los que nos rodean, que son hermanos nuestros (1 Cor 13, 4-7). Nuestra vida es una conquista diaria, en busca de estos valores que, al ser de Cristo «primogénito de toda la creación», pertenecen al hombre, pero que se viven con entusiasmo al ser proyectados hacia lo eterno, hacia quien posee la inmortalidad, hacia nuestra plena realización. La misión del cristiano consiste en guardar íntegro el mensaje de Cristo, sin adulterarlo, y en dar testimonio de este mensaje con una fe operativa y una caridad vivida hasta sus últimas consecuencias.

La segunda lectura ensancha de nuevo la perspectiva. Hay dos actitudes radicalmente opuestas; ahora se trata de adoptar la única correcta, la que salva. Timoteo, el discípulo de Pablo, ha tomado ya su decisión, y esto públicamente, «ante muchos testigos», exactamente lo mismo que hizo Jesús cuando tomó su decisión y dio testimonio de ella ante Pilato y todo el pueblo. Lo que importa de ahora en adelante es perseverar en la elección que se ha hecho y «conquistar la vida eterna» por anticipado, aun cuando esta perseverancia exige un combate permanente, «el buen combate de la fe», que debe llevarse a cabo «sin mancha ni reproche» como encargo de Cristo y de la Iglesia. Pero «conquistar la vida eterna» no quiere decir tratar de aferrar o apresar a Dios; la conclusión doxológica es aquí importante: Dios, «que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver», sólo puede ser adorado, nunca aferrado o conquistado por el hombre. Decidirse por El, dar testimonio de Él, significa por el contrario que se ha sido aferrado por él y que se cumple su encargo.

EVANGELIO

«*Tú recibiste bienes y Lázaro males;*
ahora él encuentra consuelo, mientras que tú padeces».
Lectura del santo Evangelio según San Lucas 16, 19-31.

La parábola o narración ejemplar del rico y de Lázaro insiste en el tema de las riquezas y placeres del mundo como lazo que aprisiona a quien confía excesivamente en ellos. En la parábola del rico insensato (12, 13-21) se pone de relieve el carácter engañoso de las riquezas; aquí se ponderan más bien los peligros que traen consigo hasta el punto de que el rico, del que no conocemos otros vicios concretos, fuera del apego desmedido al lujo y a la buena mesa, con el consiguiente olvido del sufrimiento ajeno, es precipitado en el «Hades» (cf. St 5, 5). El texto de Lucas no concreta la naturaleza de la retribución ultraterrena. Extraña a primera vista la ausencia de motivación «ética» en el cambio de suertes, entre el rico y el pobre (cf. algo semejante en 6, 20. 24). En el fondo, sin embargo, se descubre al rico como hombre alejado de Dios y egoísta. Lázaro en cambio esconde detrás de su dolor físico la imagen del hombre piadoso. En la última parte se enuncia una verdad, que es particularmente actual: quien no acepta la Palabra de Dios, tampoco será atraído a la fe por el mayor de los milagros (cf. Jn 5, 46).

El evangelio subraya ante todo la enorme fosa que se abre entre la opulencia de la vida del rico y la miseria del pobre, que está «echado en el portal», con lo que ve lo que ocurre dentro de la casa del epulón, sin que nadie se preocupe de sus llagas, excepto los perros sucios y vagabundos que se acercan a lamérselas. Jesús muestra solamente esto, y por eso no debernos tratar de matizar teológicamente la parábola en ningún sentido (por ejemplo, en los detalles de la concepción del más allá). Externamente, esta imagen no parece ir más allá de la de los profetas; pero Jesús, que definió mucho más concretamente el mandamiento del amor al prójimo, lleva el alcance del escandaloso contraste entre pobre y rico mucho más lejos que la Antigua Alianza: en el más allá esa fosa se convierte en un abismo definitivo -en un «abismo inmenso que nadie puede cruzar»- entre el consuelo en el seno de Abrahán y los tormentos provocados por las llamas del infierno. Ese abismo es también infranqueable para Abrahán, y la petición que le hace el epulón de que mande al pobre Lázaro a casa de su padre para advertir a sus cinco hermanos, no tiene ningún sentido, porque si no escuchan a Moisés y a los profetas, ¡cómo van a hacer caso de un pobre hombre! Esta sencilla parábola no es más que una concreción de unas palabras de Jesús que quizá nos resulten difíciles de entender: «Dichosos los pobres. ¡Ay de vosotros, los ricos!» (Lc 6,20.24).

XXVI domingo del tiempo ordinario

28 de septiembre de 2025

«Recibiste bienes y Lázaro males: ahora él es aquí consolado…».

Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: Alabemos y bendigamos al Padre misericordioso porque Cristo resucitado nos trae la esperanza de la salvación. Sigamos viviendo este año jubilar recordando que somos peregrinos, que las riquezas son pasajeras y que estamos llamados a compartir nuestro pan con los más necesitados. Bienvenidos a esta celebración dominical que nos llena de alegría.

Liturgia de la Palabra

La Palabra de Dios debe ser nuestro mayor tesoro. Escuchémosla con atención para guardarla en nuestra mente y en nuestro corazón. De esta manera podremos llevarla a la práctica por medio de las obras de misericordia.

Presentación de los dones

Ofrezcamos al Padre del cielo nuestra pobreza como lo hizo Jesús, quien se hizo pobre para enriquecernos. Igualmente presentemos en el altar nuestro propósito de practicar la misericordia con los más necesitados.

Comunión

El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente y nos ofrece ahora el pan de vida eterna. Que, por esta comunión eucarística, el Señor nos conceda la gracia de desprendernos de lo material para que sólo aspiremos a las alegrías que duran para siempre.

XXVI domingo del tiempo ordinario

28 de septiembre de 2025

«Recibiste bienes y Lázaro males: ahora él es aquí consolado…».

Oración universal

Elevemos al Padre celestial nuestras plegarias, reconociendo que sólo Él puede sostener nuestra vida, infundirnos su esperanza y auxiliarnos con su misericordia. Oremos juntos diciendo:

R/. ***Tú que eres nuestra esperanza, escúchanos***

- † Pidamos al Padre por la Iglesia de Cristo. Que se siga afianzando como sacramento de salvación y como pueblo que vive en sinodalidad.
- † Pidamos al Padre por nuestro Papa León XIV. Que siga recibiendo la luz del Espíritu Santo para que pueda confirmarnos en la fe.
- † Pidamos al Padre por las autoridades civiles. Que reconozcan el valor de todo ser humano y actúen movidos por la verdadera caridad.
- † Pidamos al Padre por la paz del mundo. Que cesen los conflictos por medio del diálogo y la reconciliación de las naciones.
- † Pidamos al Padre por todos los que padecen la guerra en carne propia. Que todas las víctimas reciban la ayuda solidaria de sus hermanos.
- † Pidamos al Padre por nuestro Seminario Mayor. Que sean muchos los que escuchen la llamada del Señor para seguirlo en la vida sacerdotal.
- † Pidamos al Padre por nosotros, peregrinos de esperanza, para que ayudemos a los más necesitados y alcancemos la felicidad eterna.

Recibe, Dios eterno, las oraciones de la Iglesia;
y da cumplimiento a las peticiones de los que te suplican.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.